



La araña del olvido

ENRIQUE BONET



Un español va a Lisboa para que le saquen una muela.



El dentista, sorprendido, le pregunta: "Oiga, ¿es que no hay dentistas en España?"



Y el español contesta: "Sí, pero allí no podemos abrir la boca".



Siempre me hizo gracia aquel chiste que me contó Mendoza en su barbería de Granada.



La primera vez que lo oí, llegué a pensar que el destino me estaba eligiendo para contarle al mundo lo que nadie quería contar en aquella ciudad.



Nunca pensé que llegaría un día en que yo también quisiera permanecer callado para siempre.

SAN JOSÉ DE COSTA RICA. ENERO DE 1976.



"Queridísimo Bau:
Te hago llegar mis tesoros más valiosos:
el documento matriz de la partida de
defunción de Federico García Lorca, y los
textos inéditos de Federico que encontré
durante mi estancia en Granada".

"Dentro de unos días te llegará también
una maleta con todo el material
de mi investigación".



Lo siento, Bill. Siento
trasladarte mi carga. No he
sabido qué hacer con ella...



Otra vez
está aquí...



La siento encima; sobre mis
hombros. La veo.



Estoy en Madrid.
Es verano, el 14 de agosto de 1956.



Acabo de telefonar al hombre que detuvo a Federico García Lorca, al que todos señalan como el mayor culpable de su muerte.



Y la veo, subida junto a mí en el taxi que me llevará a entrevistarme con él.



Ahora estoy en Nueva York. Es invierno, febrero de 1957. Hace cuatro meses que he vuelto de España.



Estoy esperando a mi querido amigo Thornton Wilder, en una esquina de Park Avenue.



Voy a mostrarle parte de mi investigación sobre Federico. Necesito que me convenza de que debo acabar mi trabajo y publicarlo. Sin su aliento no podré despejar las dudas que me paralizan.

Llevo más de una hora esperando inútilmente. Y sé que Thornton no aparecerá, que nunca verá mi trabajo...



Por eso esta noche, finalmente...



...es ella quien aparece en su lugar...

La sombra del miedo.

La sombra del olvido.

La sombra del silencio.

*La sombra que empezó
a perseguirme en Granada,
en aquel lejano mes de
febrero de 1955...*



GRANADA, PENSIÓN MATAMOROS.
FEBRERO DE 1955.



¡Qué partidazo! ¡5 a 3, qué "hartera" de goles!



Lo siento, no entiendo nada de fútbol...

¿Ha oído el partido, amigo? ¡Así da gusto ganar!

¡Es que es americano!



¿Americano? ¡Quién lo diría, habla usted español como los ángeles!

Gracias... mis padres son españoles. Mi nombre es Agustín Penón.

¡Se le nota la sangre española, ja ja!

Además, es escritor. ¡Va a escribir una biografía de García Lorca!



Los granadinos deben sentirse muy orgullosos de un poeta como él, ¿verdad? Su obra es conocida en todo el mundo... ¡y queda tanto por escribir sobre su vida!

Pepita, las llaves, por favor...

yo voy subiendo...



Disculpe si les he importunado... he sido muy impetuoso.

Verá, Agustín. Mi amigo y yo nos dedicamos a la hostelería, y no nos interesan esos asuntos...



Pero parece usted buena persona...

Si de verdad le interesa conocer algo más sobre Lorca... podría acompañarme esta noche a la cena homenaje que le hemos organizado a Pepiniqui.

Sí, claro que me interesaba. Porque Federico García Lorca siempre ha estado conmigo.



Su poesía me atrapó cuando aún vivía en Barcelona, a la edad de quince años, poco antes de estallar la guerra que forzó a mi familia a huir del país.

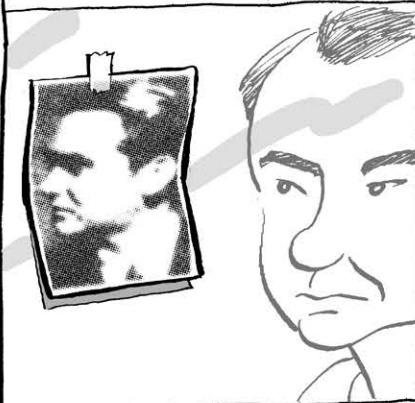


Y nunca me abandonó la conmoción que sufrí al conocer su brutal asesinato.

Llegué a Granada hace tres semanas, con la idea de pasar unos pocos días para conocer su ciudad y saber algo más sobre su vida y el misterio de su muerte.



Pero me he dado de bruces con un muro de miedo y silencio, levantado por las autoridades franquistas entre los habitantes de esta ciudad, que me ha hecho cambiar de planes.

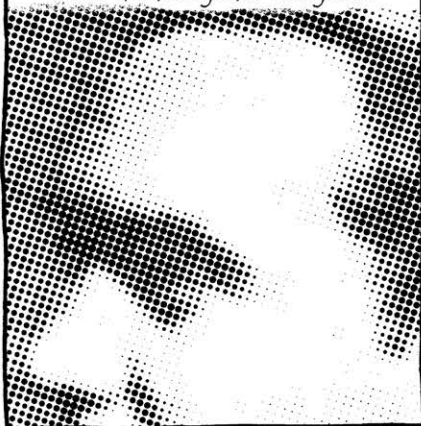


Me he decidido a romper ese muro.

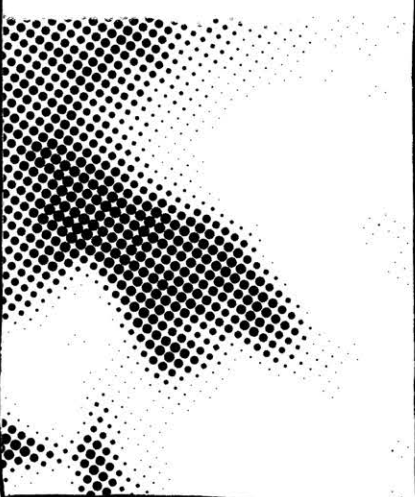
Quiero investigar lo que las autoridades nunca explicaron, lo que ningún periodista ni escritor ha podido averiguar hasta ahora, más allá de versiones confusas y contradictorias.



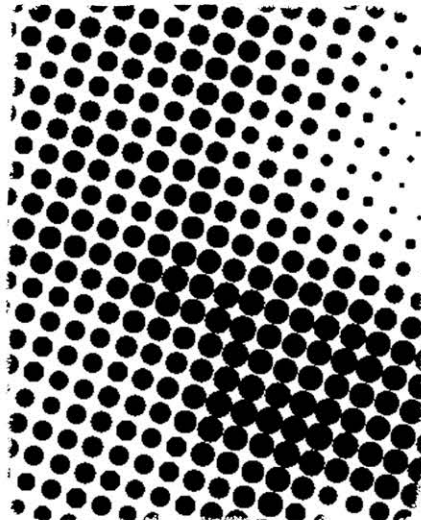
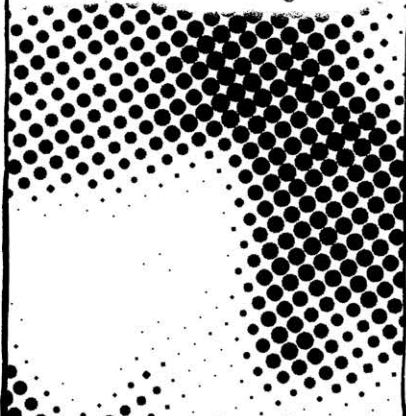
Lo único que se da por cierto es que, tras el alzamiento de 1936, en medio del terror de los primeros días, Federico buscó protección en casa de su amigo el poeta **Luis Rosales**, miembro de una familia de distinguidos falangistas.



Resulta sorprendente que un grupo de milicianos pudiera sacarlo sin problemas de allí para fusilarlo impunemente a las afueras de la ciudad.



Un golpe de suerte me va a llevar esta noche hasta uno de los hermanos de Luis: **José Rosales, Pepiniqui**. Uno de los fundadores de la Falange en Granada, y uno de los primeros en entrar al Gobierno Civil para arrebatárselo a los rojos.



Esta noche comienza de verdad mi investigación. Hoy debo empezar a romper el muro...



¡Así que vives en Nueva York, como en las películas! ¿Y cómo se te ha ocurrido venir hasta Granada?

Tuve suerte con un serial que escribí para la radio, junto a mi amigo William Layton, que nos ha permitido planear unas vacaciones en Europa... ¡pero yo tenía tantas ganas de conocer la ciudad de García Lorca que me he decidido a adelantar el viaje por mi cuenta!



Marcos, ¿tú crees que Pepiniquí querrá hablar conmigo?

¡Pepiniquí siempre quiere hablar! Le encantará contarle sus batallas de "camisa vieja" a un americano.



Debió ser alguien muy influyente... no me explico cómo pudieron llevarse a Federico de su casa sin su consentimiento.

Es un tema delicado, Agustín. Dicen que los Rosales hicieron todo lo posible por ayudarlo, pero ya no eran los falangistas quienes decidían esas cosas...



Por fin, con una hora de retraso y después de alguna parada en bares del camino, llegamos al lugar de la cena.



Una persona destaca entre el numeroso grupo de amigos. Debe ser Pepiniquí.



Marcos quiere presentármelo enseguida, pero me falta la confianza necesaria. Empiezo a temblar por dentro.



Me golpean las tres preguntas que han motivado mi decisión de escribir sobre el misterio que envuelve a Federico García Lorca.



¿Por qué fue asesinado?



¿Quién lo mató?



¿Dónde está enterrado?



Pero ahora que la suerte me ha traído junto a uno de los protagonistas de la historia, me invade el miedo... ¿Por qué va a querer hablarle a un extranjero desconocido, por qué va a revelarme ningún secreto?



¿Por qué?



¿Quién es usted?



¡Me llamo Agustín Penón, he venido desde Nueva York para conocerle!



Muy bien, ahora dígame la verdad...

Es la verdad. Sé lo que usted hizo por Federico García Lorca y quiero darle las gracias por intentar salvarlo.



Muchas gracias, Agustín. Desgraciadamente no se pudo evitar.



¿Por qué?



¡Ramón Ruiz Alonso, ese hijo de puta! ¡Arrestó a Federico para hacer méritos y, de paso, dañar a la Falange!

Claro que ese Lorca se lo había puesto fácil... era amigo de cualquier rojo que se le acercara, y los teatros se llenaban de rojos para ver sus obras...

¡Y fueron ellos, los rojos, quienes financiaron ese teatro suyo de La Barraca!



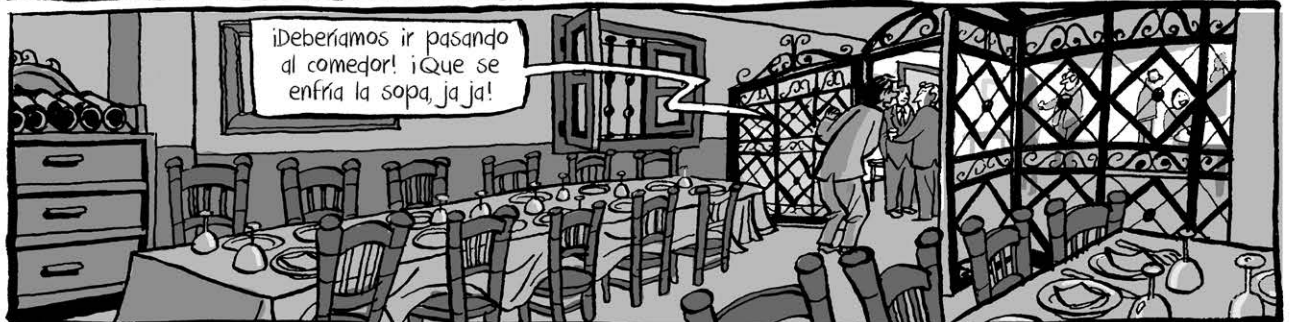
¡A Ruiz Alonso le tenía sin cuidado Lorca! Lo utilizó para arruinar a los Rosales... Mi familia fue gravemente multada. Y llegamos a temer por la vida de mi hermano Luis. ¡Qué imbécil, si lo hubiera matado a la mañana siguiente, podría haber salvado a Federico!



¿Es que Lorca todavía estaba vivo al día siguiente de su detención? Siempre se había dicho y escrito que se le dio 'el paseo' inmediatamente...



Sí, Federico todavía estaba vivo. Pasó una noche entera aislado en el Gobierno Civil...



¡Deberíamos ir pasando al comedor! ¡Que se enfría la sopa, ja, ja!

Después de una magnífica cena y los brindis en honor al homenajeado, Pepiniqui toma la palabra. Demuestra ser un orador brillante y cautivador.



Y ahora, amigos, me gustaría presentaros a un hombre que simboliza la creciente amistad entre dos países: España y América. Un americano con sangre española y corazón granadino.
¡Agustín Penón!



¡QUE HABLE, QUE HABLE!



Amigos... solo puedo decir gracias. ¡gracias por dejarme compartir este acto de amistad hacia vuestro incomparable Pepiniqui!



¡gracias por este hermoso país y este milagro de ciudad!

¡OLÉ! **¡VIVA AMÉRICA!**



Y gracias... gracias a Granada, por haber dado al mundo el mejor poeta que jamás ha existido:
¡Federico García Lorca!

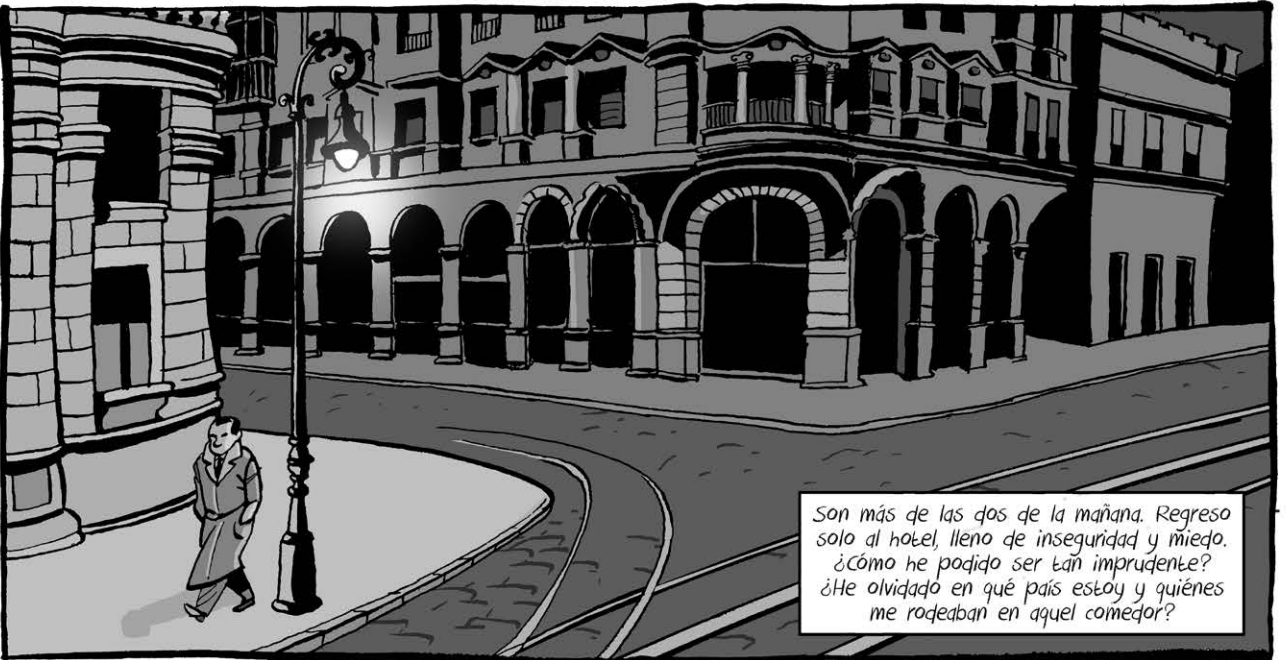




(Eso nos faltaba...)



(...que venga un extranjero a decirnos estas cosas a la cara...)



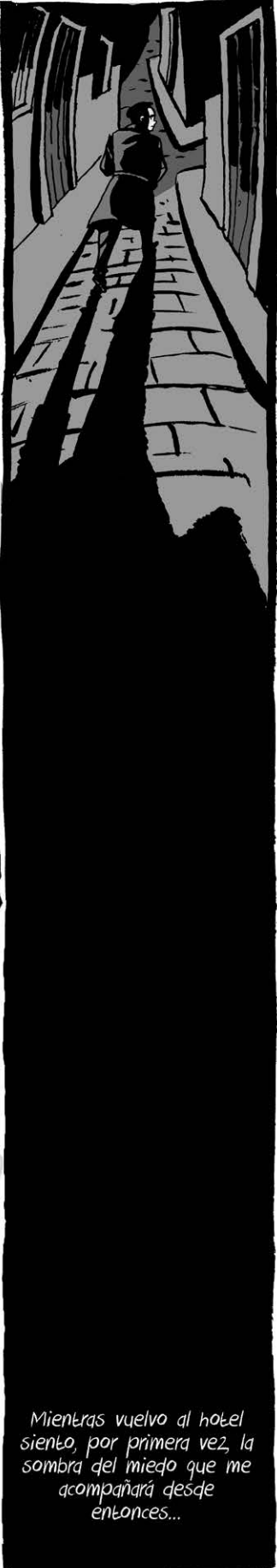
Son más de las dos de la mañana. Regreso solo al hotel, lleno de inseguridad y miedo. ¿cómo he podido ser tan imprudente? ¿He olvidado en qué país estoy y quiénes me rodeaban en aquel comedor?

Excombatientes y viejos falangistas, servidores de un régimen al que no le agrada que se remuevan las cenizas de los muertos.



Alguien me observa desde la otra esquina... diría que es la misma persona que parecía vigilarme en el restaurante.

Podría ser la policía, preparada para expulsarme del país o algo peor...



Mientras vuelvo al hotel siento, por primera vez, la sombra del miedo que me acompañará desde entonces...



Miguel es el mayor de los Rosales. El y sus tres amigos, con los que comparto juergas desde hace días, son "camisas viejas", nostálgicos de la Falange originaria, en la que todos eran "hombres con agallas, y no cachorrillos domesticados como ahora".



"El Conde", "el Banquero", "Casanova"... se vanaglorian sin reparo del terror impuesto por la Escuadra Negra en los primeros días de la sublevación, de sus ejecuciones indiscriminadas en las lapidas del cementerio, donde derramaron tanta sangre.

Me he ganado su confianza en las tabernas, entre coplas y noches en vela. Me mantengo cerca de ellos para estar cerca de Miguel. Él fue el único de los hermanos que estuvo presente cuando detuvieron a García Lorca.



Por eso estoy aquí, esperando pacientemente el momento en que me hable de aquel día...



No se fie de lo que le cuenten, americano...



Sé de lo que hablo. Soy banderillero.

Estas cornadas son por haberme fiado más de la cuenta. Y los toros con los que usted lidia son traicioneros, le embestirán cuando menos se lo espere.



Los que ganaron la guerra le contarán lo que sea con tal de justificar sus crímenes... Hágame caso, no se fie de ellos...



Pero tampoco se fie de los que la perdimos. Estamos llenos de odio y de resentimiento.



Agustín, ¡que Granada no es Nueva York, cojones! Aquí no puedes hablar con cualquiera como si tal cosa... aquí todo se sabe.



No te entiendo, Miguel...

¡Miguelito, Agustín...
venga, vamos a acabar
la noche calentitos!

No me gusta lo que van
diciendo por ahí... que vivo
a tu costa desde que has
llegado a Granada, porque
eres americano y me
aprovecho de ti.

Qué tontería. Yo también me
aprovecho de ti, ¿no? Me enseñas
la Granada que no conocen los turistas,
me relacionas con gente que puede
ser útil para mi trabajo...

Porque tú te habrás gastado
mucho dinero en mí y en mis
amigos, pero eso no vale una
mierda, ¿lo sabes, no? ¡Yo no
me habría tomado una puta
cerveza contigo si no me
hubieras caído bien, Agustín!

¿Pero entráis
o no? ¡Que se
enfria el género,
ja ja!

Agustín, sé que te
debo algo... ¡y voy
a zanjar esa cuenta
hoy mismo! vamos
dentro y luego...

Miguel, ese no es lugar
para lo que tienes que
contarme. Ven, te invito
a otro coñac en el café
España y luego nos
vamos a dormir.